

I M A G E N E S

LA PINTURA ROMANTICA MEXICANA DEL SIGLO XIX

EL siglo XIX refleja en México, de una manera propia y original, el fenómeno del romanticismo europeo. Todas las artes se penetran de ese espíritu delicado; aparece la fuerza idealizadora de los hombres y de la naturaleza, aparecen la gracia y el sentimiento de un mundo perdido, es decir, la nostalgia que es el poder creador de una parte principal de este hecho histórico. Pero en la Pintura, el Romanticismo presenta al observador una circunstancia que merece atención. Mientras la pintura que podríamos llamar culta, vive, desde el punto de vista formal, dentro del academismo, cambiando sólo sus temas, pero no su esencia plástica, la pintura popular expresa con perfección el alma romántica. Tanto los motivos de esta última como la libertad para tratarlos, la espontaneidad y la sencillez, la hacen la verdaderamente representativa del romanticismo mexicano.

Entre los pintores que nos ofrecen una obra más elaborada, tenemos a Ocaranza y Monroy, entre otros. Del segundo publicamos una obra en esta sección. Entre los pintores populares está Estrada, cuya mayor tarea fue hecha en la ciudad de Guadalajara, y otros anónimos de los que se conservan cuadros en desorden.

Analizando el movimiento romántico de México, podemos hacer una diferencia, separando este Primer romanticismo de un Segundo que nació de Clavé, que era un académico, y de Landesio, que procedía con más personalidad. Durante la época del Segundo Imperio, y por directo interés de Maximiliano, vinieron a México estos maestros italianos que, como Landesio, provocaron inquietud y deseo de nuevos conocimientos y pasiones en los pintores de entonces. De este tronco nace Velasco, en donde puede apreciarse hasta dónde vinieron los italianos a modificar la expresión habitual de la pintura mexicana.

En cuanto a su materia, a su desarrollo, tenemos en esta pintura nuestro paisaje, nuestros tipos, envueltos en esa atmósfera religiosa que los hace más puros, ideales, vagos. En ocasiones, una demasiada dulzura y en ocasiones también, sobre todo en lo popular, también lo irónico, que se junta, en el contraste más vivo e impresionante, con el sentimiento tierno que fluía sin cesar en las flores, en los rostros, en los trajes y en los colores de este gran siglo XIX.

RAFAEL LOPEZ MALO

EL ROMANTICISMO EN EL GRABADO

APENAS tenía algunos años de haber florecido el Clasicismo en México, que había culminado bajo la genial dirección de Tolsa, cuando brotan los primeros movimientos Románticos en la literatura y en la plástica. Simultáneamente a las direcciones impresas por la Revolución francesa, el Romanticismo es idealismo y ennoblecimiento de las formas de la humanidad.

Es expresión, además, del momento que siguió a la Revolución en cuanto to el aniquilamiento y a la destrucción propias de la época, opone como seguro refugio su anhelante mirada a épocas pasadas: la Edad Media y la época del Rococó. Y encerrado el Romanticismo en este culto, que lo es más del Rococó que de la Epoca Gótica, aparece más como una restauración barroca, como una negación de la sobriedad Clásica, que como una mirada piadosa y añorante a la Edad Media cristiana. El pasado versallesco, el gusto de los Luises todo está expresado en los fondos, ropajes, castillos, etc. Y no es un hecho casual que pronto se abandone el limpio Didot para gustar tipográficamente de la letra gótica, hendida o sombreada; de los títulos dibujados en fantasía; de las viñetas y de las capitulares; de los encuadramientos y de los filetes barrocos.

Por otra parte, el más eficaz vehículo del Romanticismo fue la litografía. Esta tenía resaltables ventajas sobre la madera o el grabado en acero; podía dar los tonos y las calidades que éstos jamás podrían conseguir. Descubierta este arte desde fines del XVIII, pero generalizado hasta el

XIX, podemos afirmar que ata su destino al Romanticismo. En México la litografía fue introducida hasta principios del XIX—gracias a Alamán o a Villaurrutia, pero sobre todo al dinero de Eduardo de Gorostiza—por el maestro Linati que enseñó su procedimiento en la academia de San Carlos.

Pronto todos los talleres de México, los de Decaen, Murguía, Cumplido; todos los litografistas: Salazar, Campillo y sobre todo el maestro por excelencia Hesiquio Iriarte (del que publicamos el gentil personaje colonial de la novela de Riva Palacio), se encuentran unidos por un simultáneo afán de idealizar los temas, ennoblecer las figuras, tratar con delicadeza los fondos. No es casual que los temas más explotados del Romanticismo plástico fueran mujeres y niños. Pero esta gracia y esta delicadeza no es el resultado de una edad dorada; la época que vivió el Romanticismo fue tan dura y angustiosa como todas; pero al refugiarse en el culto añorante del pasado, no raras veces plañidero, puede hacer que aún los tipos populares, así el cargador como el rancharo, se nimben de una belleza inusitada.

En todo hallamos el mismo gusto enfermizo y delicado de la época, que es lo que da su cualidad esencial al Romanticismo, como expresaba Darío: no ser temporal sino universal y permanente. Todo esto lo expresó el punzón que grabó en el más eficaz vehículo del Romanticismo, la tipografía y el grabado.

SALVADOR TOSCANO